

Pugnas culturales en América Latina, una introducción

Sonia Mattalia

Sonia Mattalia (Argentina, Tucumán) es catedrática de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Valencia, ciudad en la que reside desde 1978. Es autora de: *La figura en el tapiz. Teoría y práctica en la narrativa de Juan Carlos Onetti* (Támesis Books, 1990); *Edición crítica de La vida breve* (Muchnik, 1994); *Modernidad y Fin de siglo en Hispanoamérica* (Generalitat Valenciana, 1996); *Miradas al Fin de Siglo: lecturas modernistas* (Tirant lo Blanch, 1997). Su dedicación a la literatura de mujeres se refleja en la edición crítica de *Ifigenia de Teresa de la Parra* (Muchnik, 1992), la coordinación de los libros *Mujeres: escrituras y lenguajes*. (Universidad de Valencia, 1995), *Aún y más allá... Mujeres y discursos*. (Ex_Cultura, Caracas, 2001) y el libro *Máscaras suele vestir. Pasión y revuelta: escrituras de mujeres en América Latina*. (Ibeoamericana-Veuevert, 2003). Con la obra *Tupí or not Tupí. Ensayos sobre la narrativa de vanguardia en América Latina*. (El otro@el mismo, Mérida, Venezuela, 2004) recibió el primer premio de ensayo de la Cámara del Libro y el Ministerio de Cultura de Venezuela. Su último libro es *La ley y el crimen. Usos del relato policial en la narrativa argentina (1888-2000)* (Ibeoamericana-Veuevert, 2008).

En el fin del siglo xx, Julia Kristeva proponía trascender la noción de texto y reintroducir la de experiencia como elemento fundamental para volver a significar las textualidades heredadas y actualizarlas en las condiciones presentes, con el fin de reactivar una cultura de la revuelta¹.

El concepto mismo de revuelta se despliega en una multiplicidad de significaciones a las que apunta su historia como término, de las cuales señalo dos de sus campos semánticos: el de revolver, asociado a la idea de movimiento engendrada por el verbo latino *volvere* que implica retornar, pero también enrollar hojas alrededor de un palo, de donde viene nuestro volumen que, a partir del siglo XIII, se aplica también a libro.

La otra, contenida en el uso del verbo latino *revolvere*, remite a acepciones intelectuales como contar (Virgilio) y consultar o releer (Horacio), en las cuales se asoman las nociones de relato e interpretación. Por supuesto, estas dos elecciones se unen al concepto de revuelta –disturbio, amotinamiento, alboroto, alteración del orden público, revolverse en contra de– que tardíamente, en el xvii, se asocia con el de revolución en su sentido político.

La noción de experiencia, de variada definición, es una piedra de toque cuando no un axioma, enunciado como prueba de verdad. Scott realiza, al respecto, un recorrido del cual extrae un matizado abanico que sintetiza en dos tendencias definitivas de la experiencia: una la considera como lo

1. Julia KRISTEVA, *¿Cuál es, hoy, la revuelta? Sentido y sinsentido de la revuelta (Literatura y psicoanálisis)*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.

2. Joan SCOTT, «La experiencia como prueba» en Carbonell, Neus y Torras, Meri (comp.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, págs. 77 a 112.

que precede a la construcción de los sujetos, una especie de material en bruto, que se rescata en su verdad empírica y luego se vierte en la escritura. A tal creencia se añade, a menudo, el objetivo de hacer visible lo que fue ocultado o negado por las miradas ortodoxas. Una supuesta transparencia del lenguaje permitiría transmitir la experiencia y dotarla de una visibilidad a través de la escritura que, a su vez, se convertiría en constatación e incluiría, en el terreno de lo dicho, experiencias de lo marginal, lo silenciado, lo excluido.

La otra tendencia contiene una noción performativa: insiste en la idea de la experiencia como productora de identidades. Los procesos de la experiencia construyen identidades; son estos procesos –más o menos convencionales o sociales– los que deben ser motivo de razonamiento.

Inversión de la anterior, en esta tendencia tampoco se pone en duda la transparencia y se atribuye valor de verdad a todo aquello que aparece como naturalmente producido por la experiencia.

«La prueba de la experiencia –sea concebida mediante una metáfora de visibilidad o de cualquier otro modo que considere que el significado es transparente– reproduce, en vez de cuestionar, los sistemas ideológicos dados; los que asumen que los hechos de la historia hablan por sí mismos y los que se basan en nociones de una oposición natural o establecida entre, por ejemplo, prácticas sexuales y convenciones

sociales, o entre homosexualidad y heterosexualidad», afirma Scott².

Siguiendo a De Certeau, esta autora señala que las historias de la diferencia, aunque han puesto en crisis a las historias tradicionales haciendo visible lo excluido, no cuestionan la noción misma de referencialidad, ni el carácter de la experiencia como construcción. Por su parte, las indagaciones que parten de la experiencia como performadora de identidades no incluyen una reflexión sobre el sujeto de conocimiento. Al no cuestionar las categorías y las representaciones, ambas tendencias no sólo las mantienen sino que las estabilizan. En ambas se elude, deliberadamente, al sujeto de conocimiento, cuya autoridad se afirma en el borrado de todo lo que concierne a quien habla o escribe. El sujeto que enuncia el discurso –de la ciencia, la filosofía, la historiografía, la crítica cultural, la antropología etc.– se sortea al eliminarse las determinaciones de quien ejerce la escritura y se suprimen las huellas de su subjetividad.

Dice De Certeau: «El conocimiento de este sujeto, ya que refleja algo más allá de éste, es legitimado y presentado como universal, accesible a todos. No existe poder ni política en estas nociones de conocimiento y experiencia.»

De hecho Certeau puso el dedo sobre el tema del lugar de la enunciación de los ejercitantes de las diversas disciplinas, quienes esgrimen un afuera de la investigación,

postulando una relación neutral con sus objetos de estudio. Por ello enfatizaba «que la particularidad del lugar donde se produce el discurso es relevante será, naturalmente, más aparente cuando el discurso historiográfico trate temas que cuestionan al sujeto como productor de conocimiento: la historia de las mujeres, del colectivo negro, judío, de minorías culturales, etc. En estos campos, desde luego, se puede mantener o bien que el estatus personal de la o el autor es indiferente (en relación a la objetividad de su obra) o bien que sólo él o ella autoriza o invalida el discurso. Pero este debate requiere lo que cierta epistemología ha escondido, a saber, el impacto de las relaciones de sujeto a sujeto (hombres y mujeres, blancos y negros etc.) en el uso de técnicas aparentemente *neutras* y en la organización de los discursos que son, quizá, igualmente científicos. Por ejemplo, a partir del hecho de la diferenciación de los sexos, ¿se puede concluir que una mujer produce una historiografía diferente a la de un hombre? Por supuesto yo no respondo esta pregunta, pero sí afirmo que este interrogante cuestiona el lugar del sujeto y requiere un tratamiento de éste diferente de la epistemología que construía la verdad de la obra sobre el fundamento de que es irrelevante quién habla.»³

Pero también podemos utilizar esos conceptos para recapacitar sobre las culturas de la periferia. Por ello hemos invitado a un grupo de críticos y escritores con la idea

de reflexionar sobre el estado de los discursos latinoamericanos actuales. Por ello propongo unas breves notas extraídas de los artículos del dossier sobre esta cuestión que publicamos en este número de PASAJES:

Empezamos con la reflexión de Raúl Antelo sobre la polémica del campo latinoamericano de «lo nacional» como forma de identidad, contra un «sujeto múltiple», por decirlo así: un sujeto estallado. La crítica cultural latinoamericana viene destacándose por no perseguir más «lo nacional» o, en todo caso, por concebirlo como un confín, un entre-lugar, algo situado más allá de la memoria identitaria, a ser abandonada, para, precisamente, transformar la crítica en la voz de lo que no se es, aunque ese otro, sin embargo, nos habite y atraviese, desde el vamos. La discusión entre dos críticas argentinas –Beatriz Sarlo y Josefina Ludmer– es el soporte para mostrar los dos polos del pensar de la modernidad y la post-modernidad donde aparece un sujeto *post-aurático*.

En esta línea, Luz Rodríguez Carranza, propone unas genealogías de la literatura argentina después de la última dictadura. Si en los 80 la preocupación de muchos escritores había sido la de llenar el vacío discursivo sobre la historia de las denuncias de la C.O.N.A.D.E.P., los testimonios de familiares y los abundantes trabajos de los historiadores ocuparon ese espacio. En los 90 el vacío es otro: no sólo el que dejaron los desaparecidos, cuestionando la obsce-

3. Michel DE CERTEAU, «History: Science and Fiction», en *Heterologies. Discourse on the Other*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989; cit. y trad. de Scott, Joan., op. cit, pág. 101.

nidad de aquellos que en los ochenta lavaron las manos de sus conciencias hablando, parlotando, sino también el del exilio y el del fracaso de los textos autoritarios que ocuparon la historia. En la década del menemismo, del neoliberalismo feroz, del individualismo, muchos escritores jóvenes se sienten poco comprometidos con los problemas sociales. La crisis de la representación es doble, tanto estética como política.

Eduardo Ramos, en su artículo, hace un recorrido de la cultura política de México, en la que siguen prevaleciendo los discursos demagógicos, pomposos, polarizados e hiperbólicos, de promesas, de alusiones, acertijos y adivinanzas, de pretendido servicio y sacrificio, victimarios, de vanas politiquerías. Cultura política del rumor, y de la adulación; de la imprecisión, de la carencia ideológica; de la proliferación de declaraciones y concertaciones, de la creación de comisiones. Ramos propone una lectura de la cultura de lo político en México a partir de algunos de sus usos y costumbres, de sus símbolos y valores. En particular, es necesario en un principio un marco, un horizonte histórico con un énfasis en los últimos veinte años. Esto permite el examen de algunos símbolos y valores centrales de su cultura y de un lenguaje que precede unas consideraciones sobre la transmisión de lo político a través del *media* más usado en nuestro tiempo: la televisión.

En el artículo de Nuria Girona se muestra cómo la figura de Frida Kahlo fue rein-

ventada y resignificada por la política cultural mexicana de los años 80 y 90, tal y como en ese mismo país la lógica nacionalista se sirviera de La Malinche un siglo atrás y hace un recorrido sobre la figura de Frida Kahlo mostrando la entronización de Kahlo como icono nacional, que coincide con la apertura de México. También muestra cómo las estrategias del comercio global no sólo emplazan un nuevo modelo económico, sino reordenan también los mercados culturales, transforman los espacios a través de los cuales circulan los bienes simbólicos y disminuyen la importancia de lo territorial, devaluando los referentes tradicionales de identidad.

El artículo de Vicente Lecuna se asienta en el libro *Dos izquierdas*, de Teodoro Petkoff. Este libro recoge una serie de ensayos políticos de quien se puede decir que fue el dirigente de izquierda más importante de Venezuela, hasta que todo cambió con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de la República, en 1998. Asentado el chavismo, entonces, según Petkoff, sería una especie de recuperación de ese pasado militarista, guerrillero, autoritario, que de alguna manera se mantuvo vivo en Latinoamérica, latente en general, y en algunos casos, como en las FARC, completamente realizado. Esa forma de la izquierda sería la que habría tomado el poder en Venezuela. Las formas *light*, modernas, serían las que tomaron el poder en Chile y Brasil, por ejemplo. El chavismo sería una especie de retro-

ceso a ese momento superado en la vida de Petkoff y en la historia de buena parte de la izquierda latinoamericana.

El artículo de Jaume Peris Blanes despliega el período de las memorias después de la dictadura de Pinochet. Su trabajo se sustenta en el *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, dirigido por el sacerdote Sergio Valech. El entonces presidente chileno Ricardo Lagos señalaba la ausencia de una respuesta social adecuada al problema de la violencia de Estado y, en especial, a los efectos de la práctica sistemática de la tortura durante la dictadura militar. El citado informe, que se hacía eco de la experiencia de más de 35.000 supervivientes, venía a colmar este vacío, dando a la práctica de la tortura y a sus supervivientes una representación legal de la que hasta entonces habían carecido y proponiendo medidas de reparación para todas las víctimas de la represión militar. Se trataba, sin duda, de una de las intervenciones de memoria y reparación de mayor calado entre las llevadas a cabo por los gobiernos post-dictatoriales de América Latina, cuyo propósito era acabar con las lagunas de unas políticas de memoria que, desde el principio, habían tenido que enfrentarse a la presión de los militares, dejando en suspenso algunas de las reivindicaciones de los colectivos de supervivientes y familiares de muertos y desaparecidos.

El texto de Ricardo Piglia *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco*

dificultades) comienza con la cuestión de cuáles serían esas propuestas y por dónde empezar. Y comienza con un testimonio-relato de Rodolfo Walsh: *Operación Masacre* y presenta la figura de su figura que para muchos de nosotros funciona como una síntesis de lo que sería la tradición de la política hoy en la literatura argentina. Por un lado, un gran escritor y al mismo tiempo alguien que, como muchos otros en nuestra historia, llevó al límite la noción de responsabilidad civil del intelectual. Paralelamente escribió una extraordinaria serie de relatos cortos y por fin, desde la resistencia clandestina a la dictadura militar, escribió y distribuyó el 24 de marzo de 1977 ese texto único que se llama «*Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*» que es una diatriba concisa y lúcida. Fue asesinado al día siguiente en una emboscada que le tendió un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada. Su casa fue allanada y sus manuscritos fueron secuestrados y destruidos por la dictadura. Piglia reseña que sería productivo analizar algunas de las prácticas y de las experiencias de Walsh para ver si podemos inferir algunos de estos puntos de discusión sobre el futuro de la literatura y también sobre las relaciones entre política y literatura.

Cabe señalar que las reseñas de Silvia Hueso, Bodil Carina Kok, Gema D. Palazón y Ximo González Marí son un imprescindible complemento de los artículos. ■